

La Virgen de Aránzazu en el exilio

Trabajo premiado en el Certamen Literario
convocado con motivo del Año Jubilar de Aránzazu

Por *IGNACIO ZUMALDE*

Antes de entrar en materia creemos conveniente una pequeña aclaración. Forzando un poco el sentido nato del vocablo, por exilio queremos significar sencillamente el tiempo que la Imagen de la Virgen de Aránzazu permaneció fuera del Santuario.

Contadas son las ocasiones en que la Patrona de Guipúzcoa se ha visto obligada a salir de los peñascales de Aránzazu escogidos desde el día de la Aparición como trono del reinado espiritual que ha ejercido y ejerce sobre los vascos. Concretamente cuatro si nos guiamos por la historia más fidedigna. Si por otra parte hacemos caso a Luzuriaga y a la tradición oral, éstas ascenderían a seis o siete.

No estará de más detenernos un poco a considerar lo que cuentan éstos. Luzuriaga, después de narrar los pormenores de la Aparición dice que los oñatiarras juzgaron "ser más conveniente bajar la Imagen del monte, a la villa, y colocarla, o en la iglesia de San Miguel, o en una de las treinta y dos ermitas, que este lugar tiene, dedicadas a diferentes santos... Pero, ¡oh maravilla!... por ministerio de ángeles, ejecutores de la voluntad divina, y de esta su soberana Reina, repitió segunda vez aquel sitio... Instó su devoción discurriendo piadosamente sería del servicio a la magestad soberana de aquella Señora, ponerle en sitio menos fragoso que Aránzazu. Y para esta pretensión escogieron un paraje que hoy se llama Guesalza... Y habiendo juntado algunos materiales para dar principio a la obra, y traído consigo la Soberana Imagen, pasada la noche, deseosos los oficiales de comenzar la nueva iglesia, madrugaron antes del día, y llegando al sitio zanjado de sus deseos, no hallaron

la Santa Imagen, ni material alguno de los que había agregado su caudal y sudor. Admirados de la novedad, partieron a Aránzazu, donde hallaron la divina Imagen y los materiales juntos en el mismo lugar de la Aparición" (1). La tradición oral, amorosamente recogida por el P. Lizarralde, en una de sus más expresivas versiones cuenta: "...Y los buenos oñatiarras, dando crédito a la narración del zagal, resolvieron colocar la Imagen, primero en la iglesia parroquial, luego en Urtiagañ-muñoa, al lado del castillo del pariente mayor llamado Ullibarri, y últimamente en Kortagañ, cerca de Guesaltza. Mas los materiales que para el efecto se reunían de día, un ángel con dos vacas, blanca la una y roja la otra, uncidas al yugo, los trasladaban de noche al lugar de la aparición. Sorprendido el ángel hasta tres veces por sus observadores, huyó, maldiciéndoles y dejándolos tuertos del ojo derecho.

Aida txuritxo!
Aida gorritxo!
Begira dagon orri
Begia galdu bekixo" (2).

Esteban de Garibay, el primer historiador que contó el Santuario, y por su probidad el más digno de crédito de los historiadores antiguos, dió muy poca importancia a este mudo litigio entre la Virgen y sus devotos. Creemos que implícitamente despacha esta cuestión en la frase que estampa una vez narrado lo esencial de la Aparición: "y otros refieren otras cosas" (3). Para él como para nosotros, estos relatos no dejan de ser piadosas leyendas, a las que tan dada es la exuberante imaginación del vulgo. La de nuestros antepasados dejó por otra parte su impronta en la forma de plantear y resolver el asunto; son patentes dos de sus más acusadas peculiaridades: la afición al litigio en la que tanto incurrieron los vascos y de un modo especial los oñatiarras, que en todo veían ocasión para pleitos y cuestiones; y la mentalidad profundamente religiosa al abandonar al arbitraje divino la resolución final. Es pre-

(1) JUAN DE LUZURIAGA, *Parainfo celeste. Historia de la Mística Zarza, Milagrosa Imagen y prodigioso Santuario de Aránzazu...* (Madrid, 1690), Capítulo V.

(2) "Manifestación de la Madre de Dios a los vascos en Aránzazu, según la leyenda", por fray José Adriano de Lizarralde. ARANZAZU, Año 1921, págs. 88 ss.

(3) ESTEBAN DE GARIBAY, *Compendio historial de las crónicas y universal historia de los reinos de España*, (Amberes, 1571), tomo 2, páginas 1.226 ss.

ciso tener en cuenta también que la mayoría de los santuarios marianos de la región poseen tradiciones idénticas en torno a la construcción de la primera ermita o templo: Iciar, la Antigua de Zumárraga, Arrate, Juncal, Aitzpea, etc.

Así pues, seguimos creyendo que la Imagen de la Virgen permaneció en el lugar de la Aparición en tanto se construía primero la ermita y más tarde el templo que erigió la piedad de los cada día más numerosos devotos. Dos incendios de consideración sufrió el Santuario en los siglos XVI y XVII; de ambos se salvó intacta la sagrada Imagen y nada se sabe de que se moviese de Aránzazu. Será necesario que llegue el siglo XIX, la centuria de los disturbios políticos y de las guerras intestinas, para que la Efigie de la Virgen de Aránzazu se vea obligada a abandonar los riscos del Santuario. Sin embargo, pocos kilómetros tuvo que recorrer para hallar amoroso cobijo; no tuvo que salir del término municipal en que ha habitado siempre, pues Oñate albergó en las cuatro ocasiones.

Nuestro trabajo va a consistir en narrar con todos los detalles que hemos podido recoger, los cuatro exilios, tres de los cuales fueron otros tantos hitos de dolor en la gloriosa historia de la Patrona de Guipúzcoa, y el cuarto el más hermoso gesto de devoción del pueblo que tiene por gloria ser su más fiel guardián.

PRIMER TRASLADO DE LA VIRGEN A OÑATE

Con la invasión del territorio español por las tropas napoleónicas, el Emperador de los franceses nombró a su hermano José Bonaparte Rey de España. El 9 de agosto de 1809 decretaba el intruso la ley de la supresión de las comunidades religiosas. El 9 de septiembre del mismo año, don Luis de Otalora, beneficiado de la iglesia parroquial de Arechavaleta (4), notificó a la comunidad del Santuario de Aránzazu la funesta nueva.

Este decreto precisaba que los religiosos exclaustrosados fuesen a vivir al pueblo de su nacimiento o al que habían vivido antes de entrar en órdenes. El 11 de septiembre fueron expulsados del Santuario vistiendo traje clerical. Por Real Orden del Ministerio de Negocios Eclesiásticos fué encomendado al párroco de Oñate don

(4) El Padre Lizarralde en su **Historia de la Virgen y del Santuario de Aránzazu**, Oñate, 1950, pág. 342, dice que este señor era alcalde de Oñate. No es cierto, pues en los libros de actas no aparece ningún Otalora como miembro de ayuntamiento. Este año fueron alcaldes Juan Antonio de Alzaa (padre de José Francisco y Joaquín Julián, célebres en la primera guerra carlista), y Miguel Ramón de Artazcos.

Javier de Aguirre el cuidado del abandonado Santuario. A solicitud de los moradores del barrio fué poco más tarde nombrado capellán del mismo el P. José Manuel de Uralde; una Real Orden del 3 de diciembre confirmó este nombramiento.

El pueblo de Oñate, alegando que era necesario para la asistencia espiritual del gran número de pastores que vivían en los montes vecinos a Aránzazu, consiguió que se autorizase la instalación en el Santuario de una pequeña comunidad. En virtud de esta autorización, por enero de 1809, pasaron a ocupar el convento quince religiosos entre padres, coristas y legos, bajo la presidencia de fray Miguel de Letamendi, pero vistiendo traje clerical. El Santuario se llamó "Casa de corrección". La villa se comprometió a sustentarlos, pero no pudo hacerlo por mucho tiempo dada la gran contribución que se veía obligada a pagar a las tropas de ocupación. En consecuencia la pequeña comunidad se redujo a nueve, y a los pocos meses consiguió sustentarse por sus propios medios.

De esta forma vivieron los religiosos durante todo el año de 1810. El 11 de abril de 1811 se presentó en el Santuario una compañía de soldados franceses y apresó a toda la comunidad. Al P. Elortondo, anciano y achacoso, le dejaron en el mismo convento. Seis de ellos fueron conducidos a Salvatierra, y ocho días más tarde a Vitoria. En esta ciudad se les unieron los Padres Miguel de Letamendi y Pedro de Bengoa que, hallándose ausentes el día de la detención, se presentaron voluntariamente. A los pocos días de estar presos en Vitoria, a los Padres Letamendi y Antía se les permitió circular libremente por la ciudad, pero sin salir de los muros. A todos ellos se les prometió que serían liberados pronto, pero inesperadamente se les agregó a un convoy que salía para Francia, y bajo custodia se les trasladó a Bayona, adonde llegaron el 25 de junio. El P. Antía fué puesto en libertad en Mondragón y vino a Oñate, su pueblo natal, gracias a la intervención de su pariente don Joaquín de Otalora, representante del *Departamento* de Vizcaya por nombramiento del general Besieres que, camino de Valladolid en misión oficial, intervino en Vitoria en su favor dos días antes de que partiese el convoy.

Una vez en Bayona se les encerró en la cárcel, con libertad de ser visitados. Como el Estado francés se negó a alimentarlos, lo tuvieron que hacer por cuenta propia. El 30 de junio fueron expedidos en dirección a Sedan. Una vez en ruta se cambió de destino y fueron conducidos a Monmedi. Al año poco más o menos pasaron a Nancy, excepto el P. Letamendi que quedó como ayudante del párroco de aquella población. El viaje de Monmedi a Nancy lo

hicieron a pie, siendo caritativamente socorridos en el camino. Al principio se les dió únicamente la ración de soldado raso, pero meses más tarde se les pasó un franco diario por persona.

Un decreto del Supremo Consejo del Gobierno de Vizcaya fechado el mismo día en que fué apresada la pequeña comunidad, ordenaba que se trasladase la Imagen de la Virgen a la parroquia de Oñate. Leída esta orden en el púlpito de la parroquia, se dispuso para el día 2 de julio el traslado.

Aunque ese día cayó en martes, gran parte del pueblo y muchos forasteros salieron de Oñate en dirección al Santuario a las cinco de la mañana, hora en que por aquel entonces solía partir el día de San Bernabé la peregrinación oficial del pueblo. Iba al frente de la triste peregrinación, que más bien parecía un entierro, el Cabildo Eclesiástico y el Ayuntamiento, compuesto aquél por un capellán, el sacristán, el organista y ocho clérigos más. Llegados al abandonado Santuario se celebraron dos misas rezadas y una cantada, solemnizada ésta por el coro formado por los componentes del Cabildo con acompañamiento de órgano. Después se cantó la tradicional Salve y se formó la procesión. A la santa Imagen se le colocó sobre unas andas y a hombros de los señores más principales de Oñate, que fueron relevándose en el camino, se le trasladó hasta la cruz de Alcibar. En este punto, una de las tres principales salidas del pueblo, existía en aquel tiempo una cruz similar a la que existe actualmente en Bidaurreta (Kurtze-baltz), y existió en *Kalezarra* junto a la ermita de Santa Cruz.

En Alcibar estaba esperando a la triste comitiva el resto del Cabildo vestido con cetros y capas de primera clase, todas las cofradías en pleno con sus estandartes y velas encendidas, y el resto de la población que no había acudido al Santuario. Formada la procesión se cargó de nuevo con las andas y, cantando la letanía de la Virgen, se llevó a la parroquia.

Una vez en ella se depositó la Imagen en un dosel preparado en el lado del evangelio del presbiterio. En este lugar permaneció hasta el día 14 del mismo mes, siendo iluminada día y noche con numerosos cirios, y visitada por gran número de devotos. En un principio se pensó trasladarla el día 6 a la capilla del Colegio en la misma iglesia, donde previamente se estaba montando la hornacina traída del Santuario, así como la peana y el espino sobre los que suele descansar la Imagen, pero las obras no concluyeron hasta el día 14. Este día se organizó una solemne procesión que recorrió las principales calles del pueblo y en la que acompañó a la Ima-

gen gran parte del vecindario rezando el rosario. Terminada la procesión se colocó la Imagen en su trono.

Al concluirse la guerra llamada de la Independencia volvieron los franciscanos del destierro y se instalaron en Aránzazu. Una de sus primeras labores consistió en traer la Imagen de la Virgen a su Santuario. Tuvo lugar el 20 de abril de 1814, miércoles (5). Se organizó una gran procesión, similar a la que la había traído, y con gran solemnidad, el Cabildo de la iglesia parroquial hizo entrega de la santa Imagen a los franciscanos.

Había permanecido en Oñate en su primer destierro dos años, nueve meses y dieciocho días.

SEGUNDO TRASLADO DE LA IMAGEN A OÑATE

Corría el año 1820. Por marzo una división de tropas dispuestas para embarcar a las colonias se sublevó cerca de Cádiz y proclamó la Constitución de 1812, abolida por Fernando VII en 1814. Muy pronto salieron al campo partidas realistas en especial de Cataluña, Aragón, Navarra y las Provincias Vascongadas. Varios regimientos gubernamentales, organizados como cuerpos volantes, llegaron a las regiones insurrectas y ocuparon los puntos estratégicos obligando a los realistas a guarecerse en las montañas. Por sus condiciones topográficas, los montes que circundan al Santuario, fueron el refugio de muchas de esas partidas.

El ambiente oficial era en extremo anticlerical. Bien pronto comenzaron a correr rumores de que el Santuario de Aránzazu era guarida de los rebeldes y depósito de armas y municiones. Repetidas veces subió la tropa y registró el convento sin hallar nada (6). No por eso la fobia de los constitucionales se aplacó sino que redoblaron las acusaciones e incluso la prensa de San Sebastián se hizo eco confiriendo a los rumores cierto viso de veracidad.

(5) El Padre Lizarralde fija este día el 20 de abril de 1812 (página 344). Creemos se deberá a un error de imprenta, pues en esa fecha estaba en pleno apogeo la guerra y la comunidad en el destierro. Lo esencial de nuestra narración está basada en una relación existente en el Archivo del Palacio de Lazarraga debida a don Miguel de Plaza, vicario que fué de la parroquia de Oñate, que lleva por título "Advertencia de todo lo particular que se observa en la iglesia parroquial de San Miguel de esta villa de Oñate".

(6) El 15 de julio de este año el oficial que mandaba un destacamento que registró el Santuario certificó que "el padre guardián... además de haber dado todas las noticias puntuales que le he exigido para el desempeño de mi comisión, ha favorecido a mi destacamento auxiliándole con 20 raciones de pan, 20 cuartillos de vino, añadiendo una caldera de comida caliente". Citado por el P. Lizarralde (pág. 345).

El 11 de septiembre de 1822 llegó a Oñate una columna compuesta de 430 hombres pertenecientes al Regimiento de Sevilla al mando del brigadier Joaquín Ruiz de Porras, al que se unió otra de 200 hombres al día siguiente. Este día, o sea el 12, subió a Aránzazu el teniente coronel Castañón con cuatro compañías dispuesto a registrar una vez más el convento.

Se presentó Castañón ante el guardián, previa colocación de piquetes en puntos estratégicos alrededor del Santuario, y le conminó bajo pena de muerte que le entregase a los rebeldes que sabía a ciencia cierta tenía ocultos. El guardián le contestó que no sólo no tenía a nadie oculto, sino que ni siquiera permitía a estos, cuando llegaban, entrar en el convento. Ante la negativa, ordenó Castañón el registro. Por tres veces revolviéron el convento desde las bodegas hasta las bóvedas sin resultado alguno. Enfurecido el oficial, pretextando haber encontrado a un fraile detenido en el convento por liberal (7), apresó al guardián y a dos padres más y colocándolos junto a la fuente de la plazuela de frente al Santuario, les intimó por medio de un capitán a que se preparasen a ser fusilados si acto seguido no declaraban dónde estaban ocultos los facciosos, las armas, etc.

De nada sirvieron las terribles amenazas. Castañón perdió los estribos y gritó a la tropa formada ante los tres más que espantados religiosos: "Muchachos, cuando yo mande robar, robar hasta las mechas." A lo que los soldados excitados contestaron aullando de gozo: "Saqueo, comandante, saqueo de una hora." Castañón asintió dando la orden de romper filas. La soldadesca entró en el convento rompiendo todo lo que se le ponía delante y atropellando a los religiosos que intentaron aplacarles. Una hora duró el saqueo que dió como resultado un botín muy pobre, pues a excepción de algunos objetos personales de poco valor, sólo pudieron encontrar tres mil reales en la caja del síndico. En las relaciones que hemos

(7) Hace notar el P. Manuel Arcaya que "hallábase el tal fraile recluso en la casa de la disciplina, así se llamaba el local destinado en cada convento para la corrección de los delincuentes; pero se hallaba preso no por ser liberal, sino por delitos enormes y públicos de insubordinación contra su prelado, perpetrados en 1820 el domingo 22 de octubre, nada menos que en el coro y mientras la misa conventual la que por haber quedado violada la iglesia tuvo que acabarse en el altar de los sepulcros". "Historia de la prodigiosa Imagen de María Santísima bajo la advocación de Nuestra Señora de Aránzazu, patrona de la provincia de Cantabria..." **Archivo del Santuario de Aránzazu**. Nuestro relato está basado en este manuscrito, y en el que se conserva en el **Archivo del Monasterio de Bidaurreta**, al final del legajo "Libro de recibo y gasto de la obra pía de religiosas indotadas. Se empezó el año 1733".

consultado nada se dice del tesoro de la Virgen ni de cálices, prueba de que éstos no fueron tocados. Bien es verdad que a la sazón el tesoro del Santuario era pobrísimo, por no decir nulo, pues con ocasión de la invasión napoleónica se vieron obligados los franciscanos a entregarlo para pagar los gastos de guerra.

Castañón había ordenado también, una vez concluido el saqueo, incendiar el Santuario, para lo cual había mandado a varios soldados a la venta a por haces de paja. Los encargados de traerlos, al volver con ellos vieron que sus compañeros se les adelantaban en el saqueo y corrieron tras ellos abandonando las pajas, y no las colocaron en los puntos vitales como se les ordenó. Este incidente fué una de las causas del poco incremento que tomó el fuego que una vez concluido el saqueo comenzó a extenderse por la cocina y el anexo depósito de leña, sitios debajo de la biblioteca.

Castañón conminó con todo género de amenazas a la comunidad para que nada hiciese en apagar el fuego. Pero una vez que la tropa hubo desaparecido por el alto del humilladero del Santo Cristo, todos los frailes se lanzaron a apagarlo, siendo ayudados por los labradores del contorno y por un grupo de leñadores que trabajaban cerca para la ferrería de Zubillaga. Cuando todos estos afanosamente se dedicaban a aplacar el incendio, apareció una partida de seis soldados enviados por su jefe, quienes transmitieron la orden que éste les había dado de que si al volver dentro de ocho días encontraba el Santuario entero, pasaría a cuchillo a todos los frailes que encontrase. Poco caso hicieron de tal amenaza, y al poco consiguieron dominar el incendio que causó muy pocos desperfectos.

Pero a los ocho días Castañón volvió a subir a las últimas horas de la tarde con parte de su tropa, que al divisar el Santuario prorrumpió en gritos. Al verlos, los frailes se espantaron y echaron a correr monte arriba unos, barranco abajo otros. Debió ser una verdadera desbandada. Cuenta una de las crónicas que el guardián se hallaba en la huerta cuando aparecieron los soldados con los "fusiles engatillados y preparados en disposición de hacer fuego", y fué presa de tal pánico que se tiró desde la pared y bajó rodando hasta el fondo del barranco, o sea hasta el río, y "allí tomó las de villadiego y no paró hasta entrarse en Francia, de donde volvió al año siguiente". La mayor parte de la noche la pasaron los religiosos escondidos en el monte no atreviéndose a retirarse al convento. Cuenta la misma crónica que acabamos de citar que uno de los niños, "musiquillo tiple de siete años", al rodar por el barranco resultó con una herida en la cabeza, siendo recogido y curado por algunos padres que le hicieron una cura de urgencia "aplicándole

hiervas a las heridas”, y fué tan ejemplar el comportamiento de este niño, que se “estuvo sin chistar hasta la mañana siguiente por no descubrir a los compañeros”. Castañón no debió traer muy malas intenciones, pues se contentó con rondar por los alrededores y marcharse sin tocar al Santuario.

En vista de los acontecimientos los franciscanos protestaron ante el jefe político de la Provincia. Este expidió oficio el día 17, o sea tres días antes de que Castañón volviese por Aránzazu, para cerciorarse si el convento se había quemado, que fué leído en la junta del Ayuntamiento de Oñate del día 22, en el que decía:

“Por diferentes consideraciones de gravedad he determinado que la comunidad de religiosos del convento de Aránzazu se traslade cuanto antes al hospicio de Bidaurreta de esa villa, y permanezca en él hasta nueva providencia. Al trasladarse dicha comunidad a esa villa se deberá conducir a ella la Imagen de Nuestra Señora de Aránzazu, y se deben también llevar a la misma los efectos y víveres del citado convento, el cual ha de quedar cerrado fuertemente desde el momento para que no hallen en él guarida los facciosos. Además tomará V. S. eficaces disposiciones para evitar que se venda vino ni comestibles en la venta de Aránzazu por los perjuicios que de ello se siguen a la causa pública” (8).

El ayuntamiento consultó al jefe político si el traslado se debía hacer a la parroquia o al convento de Bidaurreta. En oficio del 25 del mismo mes dado en Tolosa mandó que, como el traslado era provisional, se hiciese a Bidaurreta, lo que agradó a los franciscanos y desagradó al ayuntamiento. En vista del mismo acordó el ayuntamiento que el traslado se efectuase el día primero de octubre para lo cual subirían todos los componentes del concejo con tres sacerdotes de la parroquia. Se ordenó avisar a los barrios para “que por lo menos acuda uno de cada familia”. Esto convinieron en la junta del 29 de septiembre celebrada al mediodía. Para ese día la comunidad estaba ya instalada en el hospicio de Bidaurreta.

A las dos de la tarde reunió el Alcalde a sus concejales para darles cuenta de cómo al llegar a casa se le habían presentado dos religiosos dándole cuenta “que para evitar cualquier tropelía o irreverencia que intentasen cometer los bandos facciosos y tropas cons-

(8) Este mismo día se ordenó al ventero de Aránzazu no vendiese nada; se ordenó además el cierre de las tabernas de Zubillaga, Araoz y Olabarrieta. En otro oficio ordenó el jefe político que se tapiase a cal y canto el convento. Orden que se cumplió. Las partidas de facciosos abundaban mucho por los alrededores de Oñate. Las más activas fueron la del cura Gorostidi y la de Uranga, (el futuro general carlista).

titucionales que llegan a dicho Santuario”, habían bajado oculta-mente la Imagen de la Virgen y la tenían depositada en Bidaurreta. El alcalde y todo el concejo se sintieron ofendidos ante semejante proceder, máxime siendo ellos los encargados de efectuar el traslado. Por lo que acordaron, en evitación de las muchas cuestiones que en lo sucesivo podrían originarse de consentir semejante proceder, que los franciscanos subiesen la Imagen al Santuario para que el día señalado se efectuase el traslado con todos los honores y reverencia previstos. La comisión de tres concejales que se entrevistó con los padres en Bidaurreta consiguió que éstos accediesen, y al día siguiente la Imagen estaba de nuevo en Aránzazu.

El día 1 de octubre a las cinco y media salió la procesión de Oñate en dirección al Santuario, presidida por el ayuntamiento, el vicario de la parroquia y dos sacerdotes más. Concurrían gran parte del pueblo y muchos forasteros venidos al efecto. En el Santuario se celebraron tres misas rezadas. A continuación se colocó la Imagen en unas andas y en hombros de los señores más principales de la villa que se fueron relevando en el camino, se la condujo a Oñate. En Alcibar esperaba la comunidad de Bidaurreta formando dos filas, y un gran gentío. Entonando la letanía se la condujo a la parroquia donde se cantó una salve. Formada de nuevo la procesión fué conducida a Bidaurreta cantando de nuevo la letanía, al tiempo que todas las campanas de la parroquia y Bidaurreta se lanzaban al aire. Todas las cofradías en pleno acompañaron a la Virgen. Una vez en la iglesia se depositó en una mesa dispuesta en el altar mayor, y a continuación se cantó una salve. El alcalde don Bernardo de Sagastizabal se dirigió a los frailes y les dijo “que la villa de Oñate depositaba por ahora aquella Santa Imagen de Nuestra Señora de Aránzazu en dicha iglesia, y encargaba su culto, cuidado y custodia a él (al P. que hacía de guardián) y a toda la comunidad que presidía y se hallaba presente. A lo que contestó dicho prelado que estaba bien y se cumpliría cuanto encargaba”. Esto se lee en el acta que levantó el notario. La función se terminó a las dos de la tarde.

A las seis de la mañana del 6 de abril de 1823 atravesó el Bidasoa el duque de Angulema seguido de los cien mil “hijos de San Luis”, derrocando al poco el gobierno constitucional. Volvió la normalidad política a reinar en España, y los franciscanos decidieron reintegrarse al Santuario. En la junta del 13 de mayo (no en la del 23 de abril como escribe el P. Lizarralde) se leyó un escrito del Padre guardián comunicando cómo habían resuelto trasladar la Imagen al Santuario el próximo miércoles. Se le contestó que el ayuntamiento siempre había tratado de ayudar a la co-

munidad de Aránzazu y que se mantenía en la misma disposición, pero que por el momento no podía acceder al deseo expresado “por motivos justos que le asisten”, y que vencidos éstos se le comunicaría para efectuar el traslado con la pompa y solemnidad debidas. En la junta del 31 del mismo mes se acordó efectuarla el día 11 de junio, día de San Bernabé, y que el próximo sábado y a costa de la villa se celebre en Bidaurreta “una solemne función de iglesia con sermón análogo a las circunstancias en acción de gracias a dicha Señora por haber preservado a este pueblo de tantos males como le amenazaban en tiempo de la última revolución, que no debe atribuirse esta gracia sino a la misma. Que todo el ayuntamiento en cuerpo asista a dicha función y se noticie de ella a todo el vecindario encargándosele su asistencia”.

El día 9 bajaron de su trono (en el que había sido puesta al día siguiente de su traída) y fué colocada sobre las andas y dejada en el mismo altar. Al día siguiente el cabildo eclesiástico, después de celebrar la misa conventual en la parroquia, se dirigió a las nueve, vistiendo sobrepellices, a Bidaurreta, donde revestido de capas y cetros cantó una solemne Salve. Acto seguido, y entonando la Salve se formó la procesión, presidida por el ayuntamiento en pleno, que condujo la Santa Imagen al convento de Santa Ana, donde se detuvo medio cuarto de hora, y se llevó la Imagen delante de la craticula “para satisfacer la devoción de las religiosas que lo deseaban con piadoso anelo”. Prosiguió la procesión hasta la parroquia donde se colocó en un magnífico altar con dosel preparado al efecto en medio del presbiterio. Una vez terminada la letanía se cantó una solemne Salve con benedicta, y se celebró una misa oficiada por el vicario A. Xavier de Aguirre. Al día siguiente, once de junio, fecha en que todos los años se celebra desde los años de la aparición la peregrinación oficial del pueblo de Oñate, se llevó la Santa Imagen a su Santuario. Presidían la procesión el ayuntamiento y cabildo, y participaron todas las cofradías del pueblo en pleno, y un inmenso gentío. Al llegar a Aránzazu se colocó a la Santa Imagen en su trono, se cantó una Salve, y se celebraron dos misas rezadas y una cantada.

Había permanecido en Oñate en este segundo exilio ocho meses y diez días.

TERCER TRASLADO DE LA IMAGEN A OÑATE

Corría el año 1834. Hacía varios meses que la primera guerra carlista assolaba la región vasco-navarra. Los generales cristinos se sucedían en el mando del ejército del norte en inútil empeño

de aniquilar al cada vez más potente ejército de Zumalacarregui. A Quesada sucedió Rodil que venía aureolado por recientes triunfos en Portugal. Con el grueso de sus tropas compuestas por 11.000 hombres hizo su entrada en Oñate a mediados de agosto.

El 18 de este mes subió al Santuario un batallón de voluntarios guipuzcoanos, vulgarmente llamados *peseteros*, al mando de un oficial de Anzuola llamado Anselmo de Iñurrigarro. Hora, de cinco a seis de la tarde. Todas las crónicas de este día que se conservan gustan comenzar diciendo que durante todo el día hubo sobre la parte de Oñate un grueso nubarrón, negro y amenazador, como presagiando los funestos acontecimientos que tuvieron lugar. Lo cierto es que ese día llovió torrencialmente.

Llegado que hubo al Santuario llamó Iñurrigarro a la puerta del convento y fué amigablemente recibido por el guardián, que era al mismo tiempo predicador general y definidor honorario de la provincia franciscana, fray Domingo María de Lascaibar. A ruego del comandante se sirvió ración a los quinientos hombres que componían el batallón. Los oficiales en número de una veintena pasaron al interior y tomaron un refresco, y charlaron amigablemente con la comunidad. El guardián no las tenía todas consigo y llevando aparte a Iñurrigarro le preguntó el objeto de su visita. Le contestó que habiendo llegado el marqués de Rodil a Oñate con 11.000 hombres, había destacado la fuerza que él mandaba para cubrir los flancos, "pero que nada había que temer". Así transcurrieron las horas. Los oficiales cenaron en el refectorio con la comunidad, y descontando algunos incidentes de palabra a cargo de varios oficiales de poca educación, todo transcurrió en la mayor calma. A las diez de la noche salieron los oficiales a inspeccionar la tropa habiendo convenido con el guardián que aquella noche la pasarían en el convento.

A eso de las once y media regresó el comandante y dirigiéndose a la celda del guardián le dió cuenta de la terrible misión que llevaba: la "de reducir a cenizas este magnífico Santuario... conducir arrestada a toda la comunidad (que se componía de más de setenta individuos) y de presentarla a su general para las ocho de la mañana siguiente para que éste dispusiese de sus personas". Cuál no sería el espanto y asombro del guardián. Pasmado y horrorizado preguntó qué se había de hacer con la Santa Imagen de la Virgen, a lo que Iñurrigarro le "contestó con un tono desdeñoso.

que la llevara consigo si quería" (9). Ruegos, súplicas, fueron inútiles. Sólo le permitió retirar a la portería, donde los *peseteros* montaron un retén, los enseres de la sacristía y algún que otro mueble.

El guardián reunió a la comunidad y les comunicó la mala nueva: "que había recibido orden de reunirse en un punto con todos sus súbditos para las cuatro de la mañana".

Algunos de los frailes comenzaron a sacar enseres personales pero no pudieron pasar el retén porque los soldados les cerraron el paso. Intervino de nuevo el guardián cerca del comandante para que sólo quemase alguno de los edificios, pues de esta forma se salvaría el Santuario y él habría cumplido la orden recibida. Inútil e impasible no quiso avenirse a razones y se mantuvo en su tesitura. De nuevo imploró el guardián, y sólo consiguió que algunos padres saliesen fuera del convento con algunos enseres, pero con escolta. Parece temía que escapasen. Señala una de las crónicas que a pesar de las precauciones, dos padres consiguieron burlar la vigilancia y descender por el barranco.

En vista de que nada conseguía, el guardián con la ayuda de algunos padres se entretuvo en desmontar el trono de la Virgen y colocarla a ésta en unas andas. La mayor parte del tiempo lo consumieron en esta labor. A la una de la madrugada sonó un disparo, con el que se consternaron los religiosos creyendo ser aquello la señal para asesinar a todos". Preguntaron a los oficiales que presenciaban la operación qué significaba aquel disparo, y contestaron sin inmutarse que no se asustasen. Era sencillamente, como pronto pudieron comprobarlo, la señal para comenzar los preparativos del incendio, pues en seguida entraron en el convento gran número de soldados colocándose en puntos estratégicos. Tras éstos vinieron otros portando bidones con líquidos inflamables (10), con lo que rociaron las puertas, el suelo y hasta la sillería del precioso coro. Eran las tres de la mañana cuando el guardián consumió todas las hostias existentes en los tabernáculos, y "depositó en las sacrílegas manos de aquellos malvados los copones para no verlos

(9) Basamos nuestra narración en los cuatro manuscritos que existen en el **Archivo del Santuario de Aránzazu**. Sec. II, Lib. L, Mss. 8, 9, 10, 20, titulados "Relación circunstanciada de los sucesos ocurridos en el Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu en los días 18 y 19 de agosto de 1834".

(10) "Líquido verdusco" dicen las cuatro relaciones. Arcaya por su parte (manuscrito citado en la nota 7), dice que era "verdiniego", y añade que un soldado de nacionalidad francesa corrió por todo el convento y pasando por las bóvedas llegó hasta el campanario rociando todo lo que encontraba al paso.

jamás". Los oficiales apremiaban a los frailes con malos modales pretextando "que la noche iba adelante".

Cerca de las cuadro el guardián ordenó tocar la campana y toda la comunidad se reunió en la sacristía; les entregó a cada vela encendida, cuatro religiosos tomaron en hombros las andas con la Santa Imagen y entonando la letanía comenzaron a caminar. En la misma iglesia estaba formada la compañía destinada a escoltarles. La mandaba un oficial de Oñate llamado Ramón Iñurritegui, que dicho sea en honor a la verdad, se portó como un caballero, pues no sólo ordenó a sus hombres que con la bayoneta calada presentaran armas a la Virgen al tiempo que él lo hacía con su sable desenvainado, sino que ordenó a sus hombres silencio en todo el camino, y que nadie se atreviese a insultar a ningún religioso.

Cuando la triste comitiva salía del templo "una porción de incendiarios con sus teas encendidas en sus sacrilegas manos" entró en el convento, y al poco rato todo era presa de las llamas. En pocas horas, y a pesar de que aquella noche llovió mucho, todo el Santuario quedó reducido a escombros. Pasto de las llamas fueron el rico archivo y la gran biblioteca, los valiosos cuadros, los innumerables exvotos, y sobre todo las nueve grandiosas estatuas labradas por Gregorio Hernández, "que eran la admiración de todos los inteligentes y de las que sólo se salvó la cabeza de la elegante y gigantesca estatua de San Antonio de Padua, que se encontró liberada de las llamas fuera de la puerta de la iglesia, sin que se sepa aún quién la separó de su cuerpo y salvó del incendio" (11).

(11) Esto dice una de las relaciones, añadiendo que después estuvo expuesta en "una devota urna en el coro de las religiosas de Bidaurreta", y al volver la Imagen al Santuario en otra urna en la capilla de la Aparición en el lado de la epístola; posteriormente se colocó en el cuerpo de una estatua moderna.

He aquí ahora el relato de la salvación de esta cabeza. Se trata de una carta escrita por Francisco Segura el 20 de septiembre de 1892 al entonces guardián de Aránzazu. Su autor llegó a ser capitán del ejército carlista y permaneció muchos meses en el cerco de San Sebastián. En el curso de la segunda guerra carlista fué profesor de la Universidad y ántes lo había sido del Instituto. Creemos merece la pena de ser reproducida porque es un testimonio de primera mano sobre el incendio. El P. Lizarralde no la utilizó en su Historia, si bien la conocía, pues siendo director de la revista ARANZAZU se publicó en el tomo 1, página 39.

"Muy señor mío y venerable amigo: Don Eladio Umerez me indicó, hace algún tiempo, que usted deseaba saber lo que yo decía acerca de la cabeza de San Antonio, que se salvó ilesa en el voraz y sacrilego incendio de agosto de 1834. Mi hijo me ha dicho lo mismo el sábado último. Voy a hacerlo sin emplear muchos episodios.

Servía yo entonces en el primer batallón carlista de esta Provincia

El espectáculo de la conducción de la Imagen debió ser de lo más conmovedor. En plena noche, los setenta miembros de la comunidad, cantando y rezando, acompañaban a la Virgen con

y me hallaba accidentalmente en estos contornos la tarde en que llegó ahí el batallón enemigo de **chapalgorris** de Guipúzcoa. Pasé la noche solito en una pequeña gruta; saliendo de ella se veía el convento y terrenos confinantes. Al amanecer (el día 19) oí la diana; salí de la gruta y ví que el batallón se estaba formando en el camino que desde la venta sigue hacia el crucifijo.

Al poco tiempo de formarse llegó la comunidad con la Sagrada Imagen de la Virgen, que fué colocada en medio de algunas compañías. No tardaron en romper la marcha, y, cuando desaparecieron, rompí yo la mía hacia Aránzazu. En el camino tropecé con uno de los zapateros que pertenecía al primer batallón y andaba destinado a trabajar calzado en estos contornos; que era de Oñate o vecindado en Oñate y se llamaba Eguino.

Pasamos por las puertas de la Súdica, llegamos solos directamente a la iglesia sin ver alma viviente ni en ella ni en todo el camino. Eguino siguió derechamente hasta la capilla, y yo me dirigí hacia la sacristía tomando el camino trasero, a fin de ver el abrasador fuego y llamas que brotaban sobre todo en la biblioteca, gran parte de la sacristía y refectorio con sus contornos y que iba extendiéndose a todos lados.

Entré después en la parte superior de la iglesia y hallé a mi compañero poniendo una escalera para arrancar una bala de cañón que próxima al enverjado de la capilla había, ofrecida sin duda por algún marino después de una batalla naval. Díjele que iba a salir e ir por el crucifijo adelante a observar al enemigo hasta que viera que había pasado de Guesaltza y tomado el recodo hacia Oñate, pues en la iglesia pereceríamos sin remedio si el enemigo volvía del camino que llevaba. Me contestó que lo que él quería (era) la bala, y después saldría. Entonces eché yo a andar y bajé mirando a los altares en los que todavía el fuego había tomado poco incremento, llegué al frente del último que al salir de la iglesia había.

Era el de San Antonio cuya efigie era preciosa y todavía el fuego no la había cogido, si bien ardía algo la peana; mas yo solo no podía hacer nada para arrancarla entera; pero se me ocurrió el hacer la prueba de salvar la cabeza. Dejé el fusil arrimado a la pared, subí a la mesa del altar y extraje la cabeza con la mayor facilidad. En seguida bajé, tomé el fusil con la mano derecha y la cabeza del santo con la izquierda y salí de la iglesia; y por no haber allí nadie absolutamente, la coloqué en el ángulo que forma la pared que hay a la izquierda de la puerta principal y las otras, porque supuse que allí no llegaría el fuego, como llegó, o que muchísimo antes de llegar habría alguno que la retirase, y si no, yo mismo cuando volviese de mi paseo al que fuí inmediatamente.

Si, al bajar a la iglesia, me chocó no ver a nadie, muchísimo más me chocó al no ver tampoco a nadie hasta llegar hasta la venta, en cuya entrada hablé con la ventera. Volví del puesto donde había y hay una gran cruz de madera, que creo llaman Burduntzali, de donde se ve el camino hasta el recodo de Guesaltza. Cuando llegué a Burduntzali la cabeza de la columna iba muy lejos todavía de la actual venta de Guesaltza. A la vuelta mía no estaba la santa cabeza en el punto que la dejé, y no tuve noticia de quien la retiró..."

las velas encendidas siempre que los aguaceros que a ratos caían se lo permitían. La compañía de *peseteros*, silenciosos por orden expresa del oficial, les escoltaban con las bayonetas caladas. Cuando llegaron al pueblo todos ellos estaban empapados y enlodados. Iñurritegui demostró una vez más su caballerosidad, pues envió a toda la comunidad a Bidaurreta para que se secase y descansase.

Resultó que cuando la comitiva pasaba por Kalebarria, varios batallones que por allí estaban, sin que ningún oficial diese orden alguna, formaron a lo largo de toda la calle y rindieron homenaje a la Imagen de la Virgen. Muchos oñatiarras la acompañaron hasta Bidaurreta. Al llegar se colocó la Imagen en el lado derecho del altar mayor y se terminó la letanía. A continuación y en tanto el guardián con Iñurritegui pasaban a verse con Rodil, el resto de la comunidad se congregó en el hospicio.

Llegado el guardián ante el marqués de Rodil, comenzó a explicarle lo acaecido y de cómo ellos no habían hecho nada que atentase contra las leyes del Estado, por lo que no se explicaba las medidas contra ellos tomadas. En tanto hablaba clavaba su penetrante y sincera mirada en la del general, quien, no pudiendo aguantarla, le atajó bruscamente diciéndole que estaba bien enterado de su comportamiento y se retirase de su presencia. Una vez en el hospicio de Bidaurreta, llegó el coronel Gurrea con otro oficial a comunicarle que en el perentorio plazo de dos horas abandonasen la población y marchasen a Vitoria donde se debían presentar ante el gobernador Osuna para que les indicase el destino al que debían dirigirse al sur de la península. A continuación les endilgó un discurso en el que después de tratarles desconsideradamente se ensarzó con el general Zumalacarregui a quien puso de "ladrón y traidor", y terminó amenazando con la muerte a quien no cumpliera al pie de la letra cuanto se ordenaba. El guardián se atrevió a rogarle tuviese en consideración el estado en que se hallaban todos, y les concediese algunas horas más de las previstas para descansar y arreglar algunos asuntos. Cuentan las crónicas que el guardián usó con el coronel, como era de rigor, el tratamiento de usía, pero este oficial se sintió incomodado y rehusó el tratamiento como inferior a su grado, y añadió que tuviese en cuenta que era el dueño de la vida de todos y que quedaban a su arbitrio. El guardián comenzó a tratarle de su excelencia, lo que tampoco gustó al insolente coronel. En vista de lo cual optó el guardián por callarse.

Cuentan también las crónicas cómo entre los religiosos había Dios con las facultades mentales perturbadas, y que al entregarle Gurrea a uno de ellos el pasaporte, éste lo examinó detenidamente,

haciendo muecas y gestos y por último se lo plantó al coronel en la cabeza diciéndole que era mejor para él y que además le venía muy bien. El burlado Gurrea montó en cólera y desenvainando su sable quiso castigar al pobre fraile, pero le contuvo el guardián explicándole cómo el desgraciado era un loco como podía comprobar por el salvoconducto. A la hora prevista salió la comunidad camino de Vitoria.

El Santuario “a excepción de la primera iglesia o capilla del panteón, todo se convirtió en cenizas y espantosos escombros que horrorizan a cuantos contemplan los daños causados en pocas horas, pues por un cálculo aproximado no se resarcen con cinco millones de reales las pérdidas ocasionadas en este incendio” (12).

En 1845 se comenzó la reconstrucción del templo que para el año siguiente estaba ya terminado gracias a las limosnas de los devotos. Algunos padres franciscanos residían en Aránzazu como simples capellanes. Vencidas todas las dificultades se señaló el día 19 de noviembre para la restitución de la Sagrada Imagen a su Santuario. Al efecto se imprimieron hojas volantes que fueron distribuidas por toda la región. El día 18 se bendijo la iglesia. Este día estuvo el cielo cubierto de nubes y por la noche llovió mucho, pero el 19 amaneció despejado.

A las seis de la mañana dió principio la procesión. Más de cinco mil devotos de Guipúzcoa, Alava, Vizcaya y Navarra acudieron a participar en el venturoso acontecimiento. Abrió la marcha una banda de música de aficionados de Oñate. A las diez hizo su entrada en Aránzazu. En la venta relevaron a los portadores de las andas el jefe político de la Provincia, el diputado general Ortiz de Zárate, hijo de Oñate, el alcalde y el primer regidor, quienes las llevaron hasta el altar mayor, y entregaron a los capellanes. A continuación se celebró una función solemne con sermón y misa.

En este destierro, el más largo e infausto de todos, la Virgen de Aránzazu estuvo en Oñate doce años y tres meses.

CUARTO TRASLADO DE LA IMAGEN A OÑATE

Este cuarto traslado no es propiamente un destierro, pues lo motivó no la fobia o el odio contra la religión, sino la piedad, en un extremo gesto de confianza en María Intercesora.

En el año 1855 una terrible epidemia asolaba periódicamente la península causando miles de víctimas. El anochecer del día 19 de julio llegó a Aránzazu, huyendo del cólera morbo, el vecino de Ola-

(12) MANUEL ARCAJA, *Novena de la prodigiosa Imagen de María Santísima, bajo la advocación de Nuestro Señora de Aránzazu...*, Vitoria, 1850, pág. 19 nota.

zagutia Francisco Goicoechea con toda su familia. Se hospedó en una de las posadas y a medianoche sufrió el primer ataque. Para el día siguiente era ya cadáver. A los cuatro días fallecía una anciana de Oñate refugiada en otra de las posadas; el día 27 un estudiante; el 28 un criado del convento. La peste reinaba en Aránzazu (13).

Enterados en Oñate de la aparición en su jurisdicción de la tan temible enfermedad, acordó el Ayuntamiento, en junta del 20 de julio: "hacer tres días de rogativas y novenas a San Roque (14) y a la Virgen de Aránzazu en atención a la proximidad del cólera". Se comunicó al gobernador la mala nueva y éste, en oficio del 26 ordenó se tomasen todas las disposiciones pertinentes para aislar el foco (15). Se montó en Guesalza un cuerpo de guardia que impedía todo tránsito con el Santuario. Incluso a varios religiosos, que al enterarse de los casos de cólera habidos en Aránzazu, volvían de los baños que estaban tomando en diversos lugares para ofrecer sus servicios, se les prohibió el paso.

Todas las precauciones fueron inútiles. El cólera seguía extendiéndose por toda la Provincia causando la muerte. El 13 de agosto fallecía en Oñate el primer apestado, un sacerdote. Siguiendo las instrucciones dadas por el gobierno se organizó una Junta Sanitaria con sede en el Ayuntamiento, donde se hacía guardia día y noche; se suministraban gratis medicamentos, alimentos a los pobres y ayuda médica. Como los facultativos escaseaban, acordó el Ayuntamiento buscar alguno más. Se enviaron avisos a Madrid, Bilbao, Vitoria, etc. Fué un verdadero pugilato de ofertas y demandas en el que los oñatiarras influyentes residentes en esas ciudades trabajaron sin descanso. Tras no pocos incidentes curiosos, por no decir trágicos dadas las circunstancias, se consiguió uno que exigió 400 reales diarios, gastos y estancia a cuenta de las arcas de la villa. ¡400 reales de hace cien años! Pero como no se encontraba otro y algunos pueblos estaban dispuestos a llevárselo al mismo precio, se le contrató. Gastos como éste y otros de igual cuantía dieron con el fondo de la caja del Ayuntamiento. Tuvo que pedir

(13) **Archivo del Santuario de Aránzazu**, Sec. XXXV. Libro de difuntos. Año 1845-1920. fol. 9.

(14) El altar de San Roque está en la ermita de San Martín. A esta ermita giraban los oñatiarras procesión para impetrar la protección en casos de epidemias desde el año 1598. Este año acordaron celebrar el día de San Roque como fiesta. Con los años cayó en desuso. En 1676 lo restauraron, para lo cual obtuvieron confirmación del señor Obispo.

(15) **Archivo Municipal de Oñate**. Correspondencia. Años 1855-56.

permiso al gobierno para sacar dinero a crédito, y recurrir a la caridad de los oñatiarras diseminados por el mundo (16).

Todos los días sonaba la campana de difuntos anunciando más víctimas. Los médicos, los enfermeros y las enfermeras voluntarios, no podían dar abasto a las crecientes llamadas de los nuevos apesados. ¡El cólera, el cólera!... El pánico reinaba silenciosamente sobre la población creando la obsesión, la psicosis del contagio. La medicina, la pobre medicina de hace un siglo, recurría a todos los medios a su alcance: fumigaciones a diestra y siniestra; quema de montones de *abarras* en las calles impregnadas de azufre y otros productos; prohibición terminante de vender pescado, pues se creía que era uno de los conductores del mal. “El cólera morbo asiático no es una enfermedad tan temible como se ha creído; su curación es sencilla, fácil y segura”, exhibía como epitafio un folleto difundido con profusión por orden del gobierno para calmar los ánimos. Palabras vanas, pues nadie creía en ellas (17).

En la junta del Ayuntamiento del 16 de agosto se acordó: “hacer una novena a San Sebastián”. El cólera seguía segando vidas. El 18 de septiembre hubo ocho muertos; el 22, once, el 28 ocho... En el acta de este día puede leerse: “Se ha dispuesto y acordado también que en vista de la poca capacidad que hay ya en el cementerio de la Villa para dar sepultura con regularidad a los cadáveres, se destine otro local provisionalmente para enterrarlos con la formalidad que se requiere y evitar la corrupción”. A la sazón el cementerio se hallaba en la parcela de terreno tapiado que hoy en día existe junto a la ermita de San Isidro. Las conducciones se solían hacer de noche y evitando, a ser posible, el tránsito por las calles principales.

En lo más álgido de la epidemia, 26 de septiembre, el Ayuntamiento acordó nombrar una comisión para que “poniéndose de acuerdo con don Elías de Arregui (18) capellán mayor del Santuario de Nuestra Señora de Aránzazu, dispongan la celebración de

(16) *Ibidem*. Libro de Actas 1855-60 y Correspondencia. Entre los oñatiarras que enviaron donativos se encontraban el general Elorza, varios residentes en Río de Janeiro, y el Conde de Oñate.

(17) En Oñate se usaron “opio con tanino; espíritu de alcanfor con acetato de amoniaco y jarabe de opio, unidos a la infusión de menta piperita”. JUAN ANTONIO MONEDERO, *Apuntes acerca del Cólera Morbo asiático que se ha manifestado en Guipúzcoa en el verano y otoño del año 1855*. San Sebastián, 1855, pág. 134.

(18) Ejercían la capellanía del Santuario varios franciscanos reducidos al estado y traje del clero secular. Uno de estos era el P. Arregui que más tarde tuvo papel muy importante en la restauración de la orden en Aránzazu.

una novena a esta Imagen, y adopten los medios que crean más convenientes para su traslación a la iglesia matriz de esta villa con el mayor decoro, respeto y reverencia". Al día siguiente, "reunidos los señores alcalde don Joaquín María Ortiz de Zárate y síndico don Marcos de Mendía, comisión nombrada por el Ayuntamiento, y los señores don Pedro de Orueta y Félix de Guerrico por el ilustre cabildo eclesiástico, con asistencia de don Elías de Arregui, capellán mayor del Santuario de Aránzazu, con el fin de tratar sobre la dedicación de una novena a la Virgen de Aránzazu y su traslación a la iglesia parroquial matriz de esta Villa, adoptaron las disposiciones siguientes: el señor alcalde, intérprete de los sentimientos de la población, manifestó que en atención a la epidemia del cólera morbo que aflige en la actualidad a esta villa, se ha dispuesto hacer una novena a Nuestra Señora de Aránzazu para que interceda con el Señor a fin de templar la ira con que nos castiga y secundando los deseos del vecindario todo, era de parecer trasladar la Imagen a la parroquia de San Miguel para todo el novenario. El señor don Elías emitió su opinión, diciendo que no era su parecer se trasladase la Virgen por el espacio de nueve días, fundándose en que las Vírgenes y demás imágenes aparecidas parecen tener más privilegio en el lugar de su aparición, y que, acostumbrando los pueblos limítrofes de la Provincia de Alava dirigir en corporación sus súplicas a esta Imagen, se verían confundidos sin la visión de su interesora; empero, tomando en consideración las circunstancias extraordinarias que motivan la aflicción, podía hacerse trasladar para la celebración del primer día de la novena, sea cual fuese, y devolviéndola al mismo día, solemnizar el último día de la novena en Aránzazu con los devotos que gusten concurrir". Los del Ayuntamiento se rindieron a las razones del capellán y acordaron fijar la fecha para el traslado el 1 de octubre. Ya se estaban haciendo los preparativos cuando el 29 de septiembre recibió el capellán el siguiente oficio de la alcaldía: "Siendo en mi poder un memorial dirigido al Ayuntamiento que tengo el honor de presidir por algunos vecinos de la población en solicitud de que la Imagen de Nuestra Señora de Aránzazu permanezca en la parroquia matriz de esta Villa durante todo el novenario que se intenta hacer por la epidemia reinante, me veo en el indispensable caso de dar cuenta de él en la primera sesión que celebre este Ayuntamiento, de cuya resolución daré a usted aviso quedando por consiguiente en el ínterin sin efecto lo acordado armoniosamente la tarde del 27..." Reunidos de nuevo el Ayuntamiento y el capellán, manifestó éste no estar dispuesto a consentir permaneciese todo el novenario la Santa Imagen en Oñate, en razón de lo expuesto días

antes, sin previa autorización del señor Obispo. El 1 de octubre salía con carácter urgente un propio vía Calahorra portando un oficio del Ayuntamiento para el señor Obispo. En él se hacía un sucinto resumen de las conversaciones sostenidas con el capellán mayor, y se suplicaba al Obispo expidiese “la competente autorización para la traslación de la Imagen de Nuestra Señora de Aránzazu por el término de nueve días en que se designe hacer el novenario, suplicando al propio tiempo sea a la posible brevedad por la epidemia que ataca terriblemente a este pueblo que se honra contar entre los de su diócesis”. El día 4 escribía el Obispo al capellán mayor y al Ayuntamiento autorizando el traslado y permanencia por nueve días en la parroquia de Oñate de la Imagen de la Virgen.

A las dos de tarde del día 8 de octubre se efectuó el traslado. Vamos a ceder la palabra al cronista de Aránzazu para que al mismo tiempo refleje la mala disposición de éste con los “orgullosos oñatiarras”, como les llama páginas atrás comentando la frialdad con que éstos se referían en los oficios a la Virgen de Aránzazu, que contrastaba, recalca, con “los adjetivos de ilustración del presente siglo, incensándole con abundancia de perfumes” que dedican al señor Obispo. ¡Eternas rencillas humanas!

“No debe dejar de notarse que la tarde en que bajó la Santísima Imagen fué tarde de poca devoción en general por no decir otra cosa; pues entre los muchos que subieron a bajarla procesionalmente, hubo bastantes que se portaron con poco decoro a causa de propasarse en la bebida; no así el día 18, pues como subió por la mañana temprano la acompañaron rezando en todo el camino con devoción; lo que debe tenerse presente por si otra vez ocurriese, procurando a todo trance que no se hagan procesiones por la tarde para evitar las irreverencias y poco recogimiento que resulta en ellas. Así se había propuesto extenderse el que escribe esta narración, contando algunos pormenores, pero a la hora que escribe estas líneas, se halla ocupado en disponer su traslación a vestir el hábito franciscano y tiene que pasar de largo diciendo que dicho día 8 hubo misa rezada por la mañana al llegar la procesión, Salve por la tarde estando la Santísima Virgen en andas que cuatro sacerdotes de la casa, a saber, los padres fray Domingo Albéniz, fray Andrés Tellería, fray Isidro Iregui y el que escribe estas líneas, llevaron a la Santísima Virgen en andas desde el presbiterio hasta el Santo Cristo cantando durante esta distancia la letanía de Loreto o de Nuestra Señora, bajándola los mismos (y no sé si algún otro tomó parte remudándose) el día 18 hasta la puerta de la ige-

sia, en que suplicó el Ayuntamiento le permitiesen llevarla hasta el presbiterio, y este día hubo misa solemne habiendo estado en Oñate durante todo el novenario el capellán mayor, que hizo o capituló la novena, desempeñando el órgano uno de los estudiantes de Aránzazu, que fué don José Antonio Lerchundi (19), por cuanto el organista de la Villa huyó de ella a causa de la invasión del cólera”.

Los días que permaneció la Imagen de la Virgen en la parroquia, además de la novena, se cantó todos los días al anochecer la Benedicta con Salve. La intensidad de la epidemia comenzó a decrecer, y el 13 de noviembre pudo considerarse como extinguida (después de esta fecha sólo falleció una persona el 1 de diciembre). En la sesión del Ayuntamiento del dicho día 13 se acordó “cantar un Te Deum en acción de gracias por la desaparición del cólera morbo asiático”. Hubo 297 casos falleciendo 162 personas.

(19) Este sería más tarde el P. Lerchundi, que llegó a ser famoso misionero en Marruecos y embajador del Sultán.